

La autora obtuvo un Master en Gestión Cultural por la Universidad de Barcelona, año 2001. Dicta las materias «Historia del Arte de Venezuela» y «Cultura Visual», adscritas a la Dirección de Cultura de nuestra Casa de Estudio. Se encarga de la programación de Cinefreak en la Galería Carmen Araujo Arte. Dirigió el Departamento de Educación de la Galería de Arte Nacional durante tres años.

Sus obras publicadas: *Rojo* (Editorial ExLibris, 1999), texto divulgativo que acompañó la exposición del mismo nombre en la Galería de Arte Nacional; *Las Ruinas* (Editorial Arte, 2000), primer premio de poesía en la Bial Francisco Lazo Martí; y *Doña Maria und ihre Traüme* (Frederking & Thaler, Alemania, 2006), narrativa sobre la vida de los habitantes de los desiertos larenses.

Además de la palabra escrita y lo visual, le interesan el tejido y los jardines.



## Los Inútiles

El primer hombre se levanta muy temprano y se prepara con todos los verbos habituales para ir al trabajo: toma una taza de café; se ducha y se viste; se cepilla los dientes cuidadosamente (como si acariciara conejos, aunque no venga al caso); sale de su casa silbando. El segundo hombre llega a su taller teórico-práctico en el cual aprende concienzudamente la cronología razonada y todos los protagonistas históricos de las diversas variantes de puertas y su función: detener el paso. En dos meses más obtiene el diploma que lo acredita como técnico superior, con entrenamiento suficiente y certificado para ejercer de puerta, como un profesional justamente retribuido y amparado por el seguro social.

Mientras tanto, el primer hombre que ha cogido algo de tráfico, llega a su trabajo: se detiene debajo de su semáforo y en perfecta sincronía cromática, estira el brazo para detener el tránsito cuando la luz está en rojo; en contados segundos, precisamente cuando pasa a verde, mueve el antebrazo describiendo un círculo entusiasta, que ni Giotto, garantizado para estimular la circulación vehicular. Su medio turno dura hasta las doce y media, hora precisa en que es sustituido por el turno de la tarde, mientras él se retira a descansar.

El tercer hombre, apostado al lado derecho aunque a veces se recuesta un poco por el lado izquierdo, recibe las monedas que le dan, las introduce en la máquina por la ranura adecuada, pregunta qué producto requieren, pulsa el botón correspondiente y entrega la lata al cliente. No se deja amedrentar por las urgencias de los desesperados, atiende a cada uno por estricto orden de aparición, nunca se equivoca entregando a uno la lata del otro. Nunca.

Los tres hombres se encuentran en la misma oficina administrativa el día en que se anuncia una huelga general: por una cuestión de mística profesional ellos no desean suspender sus labores; saben que su trabajo es imprescindible para el buen funcionamiento de la sociedad, advierten de las peligrosas consecuencias de su ausencia, terminan caldeándose, en contra de sus costumbres, y amenazan con emprender sus propias acciones de represalia si no son considerados en su justo valor. Forman una coalición que clama por la desobediencia civil, por el boicot, incitando a los demás trabajadores serios en quienes, como en ellos, reposa la paz de la humanidad sin que se les reconozca su labor rayana en el altruismo, pues

nunca son mercedamente pagados. Se ve que tres, como todo el mundo sabe desde la infancia, prefiguran una humanidad y media.

Cada uno vuelve a su casa encendido en razonable indignación, con ganas de armar más alboroto pero sabiendo muy bien que mañana será otro día y se habrán esfumado los espectros revolucionarios. Al día siguiente, que ni mandado a hacer, el primer hombre amanece con un catarro espantoso, quién sabe si el virus ése o paperas, con toda probabilidad dengue que está dando mucho, y se ve obligado a quedarse en casa. Ese día, evidentemente, caos inenarrable en la ciudad. Las vías principales colapsan, aunque todos los días lo hacen y es complicado medir cuantitativamente el incremento; sólo que esta vez, peor.

Por su parte al segundo hombre le da un pasmo, menor es verdad pero no por eso menos delicado, por estar planchando en día de lluvia, ya se sabe cómo es, se excusa profusamente. De pronto, todas las puertas dejan pasar, hay que ver la anarquía que esto genera, todo el mundo pasa aunque sólo sea por franquear el umbral, y luego pasan de regreso, fin de mundo.

El tercer hombre también sufre un percance *in-sur-mon-table* (el tercer hombre estudió francés en sus ratos de descanso) y debe por fuerza mayor desertar el trabajo ese día, contra su voluntad, por este puñito de cruces. Crisis en la oficina central, la gente ya no sabe meter la moneda en la ranura. No encuentran qué botón apretar, todos están desgastados, las letras invisibles. Equivocan el monto exacto a ser introducido y la máquina se atora, tose un poco, escupe una flema de tísica que espanta a todos los presentes y algunos ausentes para siempre. Se dan casos de clientes desprevenidos quedándose horas hasta que sale la luna, esperando su lata, tratando de convencer a la máquina por las buenas y por las malas, quejándose con quien se le acerque a tiro de piedra y luego con quien pase lejos, gritándole, hasta que finalmente se quedan completamente solos y completamente frustrados, carne de psiquiatra. Cuando el tercer hombre regresa, es recibido con ovaciones, le besan los pies. Se funda una secta política con su nombre.

Entonces se entera de que el segundo hombre ha tenido la misma idea: las implicaciones filosóficas de su trabajo, y hasta poéticas si me apuras, tan pertinentes en los tiempos que corren y se encaraman –abrir, cerrar, límite, prohibición, permiso– han cautivado a una multitud bastante considerable, la cual con gran entusiasmo ha logrado reunir unos cuantos churupos para armar pancartas y comprar silbatos. Y el primero no se ha quedado atrás. Los tres, por razones distintas, serán candidatos contrincantes en la primera ronda electoral.